



FR. MANUEL NAVARRETE.

FRAY MANUEL NAVARRETE.

I.

LA sociedad mexicana, antes de que tuviera existencia propia, no podía ser mas que un pálido reflejo de la sociedad española. Trasplantada ésta á nuestro suelo en el siglo XVI y traída aquí su civilización por espíritu de codicia y de aventura, fué preciso que trascurrieran casi dos siglos empleados en trabajos de lenta organización política y social, para que se manifestasen en la colonia los primeros síntomas de la vida literaria.

El siglo XVI fué sin duda el siglo de oro de la poesía castellana: el siglo del dulce y sencillo Garcilaso, del castizo y elocuente Luis de León, del tierno Francisco de la Torre, del correcto Herrera, del sentido y elegante Rioja. Y aun cuan-

do en esta época se verificó la conquista de México, ninguna influencia ejercieron estos ilustres poetas, cuya existencia y escritos, es probable que pasaran inadvertidos para la triste sociedad embrionaria.

Habia pasado ya esa pléyade de génios superiores que á tan grande altura elevaran la musa castellana; á la claridad, á la dulzura, á la sencillez que dominaban sus composiciones, sucedieron bien pronto la afectacion, la oscuridad y el embrollo puestos en boga por Góngora y sus sectarios. La corrupcion y la decadencia que trajera consigo el culteranismo, apartaban de la poesía todo principio de buen gusto, cuando floreció en México la célebre Sor Juana Inés, quien necesariamente tuvo que incurrir en los defectos propios de la literatura de su tiempo. Así es, que si hoy se admiran todavía el génio y la erudicion de esta mujer singular, sus obras no pueden considerarse como modelos dignos de la imitacion.

Pero así como la poesía española en el siglo XVI, encerrada en los estrechos límites del romance, cobró nuevo aliento y nueva vida con la riqueza de ideas y con la exhuberancia de formas que le prestara la musa italiana, así doscientos años despues, cuando parecia que iba ya á sucumbir para siempre, víctima de los culteranos, tuvo que pedir nuevas fuerzäs á la vigorosa literatura francesa, fuerzas que le permitieron levantarse de la larga postracion en que yacía. Entonces para gloria suya, apareció Luzan sosteniendo los principios del buen gusto que propagaba á la vez con las muestras elocuentes de su ingenio; se presentó Iriarte con su estilo sencillo y su lenguaje pleno y correcto; brilló por último Melendez Valdés, con su poesía ora tierna, ora elevada, pero casi siempre inspirada y numerosa, viniendo todos á devolver á la musa castellana su antiguo esplendor y su prístina grandeza.

Era precisamente en este tiempo, es decir, á fines del último siglo, cuando entre los insignificantes ensayos que bien pu-

dieran llamarse los primeros vagidos de nuestra poesía, se oyó resonar con grande admiracion y unánime aplauso, el dulce y melancólico plectro de Fray Manuel Navarrete.

II.

Si hay poetas cuyo talento dependió hasta cierto grado de las pasiones de su vida y cuya biografía sea precisa conocer para la mejor inteligencia de sus obras, ni una ni otra cosa pudieran decirse de Navarrete. Bien monótona y tranquila fué su existencia.

Nació en la villa de Zamora de Michoacan, el 18 de Junio de 1768, siendo sus padres D. Juan María Martínez de Navarrete y D^a María Teresa Ochoa y Abadiano, personas de distinguido nacimiento. Pasó su infancia en dicho lugar y en él adquirió la instruccion primaria y se dedicó al estudio de la latinidad. Mas por causa de privados infortunios, se trasladó á la ciudad de México, siendo todavía de muy corta edad, con objeto de consagrarse al comercio, y al poco tiempo de ejercer esta industria, hubo de sentir disgusto por ella, puesto que abandonándola del todo, se dirigió á Querétaro, en donde tomó el hábito de San Francisco.

Concluido el noviciado, hizo su profesion religiosa, y por mandato de sus prelados pasó al Convento del Pueblito, con el fin de perfeccionarse en el estudio del latin; y una vez concluido éste, debiendo en virtud de estatuto religioso, hacer por tres años el de la filosofía, fuése al convento de Celaya para verificarlo. Entonces hizo tambien los primeros ensayos de sus versos, y parece que su espíritu elevado, sintiéndose atraído por la filosofía moderna, desdeñó el estudio de la escolástica, que tan en boga estaba por aquellos tiempos. Ter-

minado éste, así como el de la teología, obtuvo la cátedra de latinidad en el convento grande de la referida ciudad de Querétaro; mas habiendo recibido ya la orden sacerdotal y deseando sus superiores utilizar su ministerio, fué enviado en clase de predicador, primero á Rioverde y despues á Silao, en cuyos lugares permaneció durante algunos años; y ya en los últimos de su vida, fué nombrado cura párroco de la villa de San Antonio de Tula, situada en lo que entonces se llamaba intendencia de San Luis Potosí.

En el trascurso de todo este tiempo y á pesar de sus muchas ocupaciones, se consagró al cultivo de la poesía, si bien sus primeros versos no fueron conocidos del público, sino hasta 1805 en que los dió á luz el *Diario* de México; y como al punto obtuvieron general aplauso, preguntábase con impaciente curiosidad al redactor de aquel periódico, quién era ese autor desconocido, cuya modestia le hacia poner al fin de sus composiciones las solas iniciales de su nombre. Los poetas mas apreciables reunidos en México en una asociación que llamaban *Arcadia literaria*, le rindieron los mayores elogios y le dispensaron la honra de designarlo por su *Mayorat*; y cuando mas tarde remitía desde las montañas de Tula sus mas bellas y pulidas producciones, llegó á no tener rival su reputacion, que acabó de afianzar la sábia Universidad de México, cuando en un certámen literario que celebró el año de 1809, asignó el primer premio destinado á la poesía, á un canto de Navarrete, que habia sido presentado al exámen de los críticos, en competencia con otros muchos.

Siendo, por último, guardian del convento de su orden en Tlalpujahuá, fué atacado de una grave enfermedad, y cuéntase que durante ella y aprovechando un intervalo de soledad, puso fuego á sus manuscritos, entre los que se perdieron, segun ha podido saberse, treinta sonetos inéditos y tal vez algunos ensayos dramáticos. La muerte cortó esta existencia, tan apacible y tranquila para ser la de un poeta, el 19 de Julio de 1809, cuando apenas contaba cuarenta y un años de

edad; y los restos del humilde fraile fueron sepultados al siguiente dia en la iglesia del mismo convento de Tlalpujahuá.

Poseyó Navarrete un carácter dotado de las mas preciosas cualidades. Su alma noble y generosa desdeñaba la doblez y el artificio; su constante pobreza no le impedía ser franco y ejecutar filantrópicas acciones, y no obstante su vida austera, su corazon sensible y delicado se recreaba en las puras efusiones de la amistad. Nada prueba mejor su extremada modestia, que el hecho de haber mantenido durante once años ocultas sus producciones.

Conservamos tambien noticia de su aspecto físico. Fué de elevada estatura y gallardo talle, blanca su tez y azules sus ojos; habitualmente dulce y risueña la expresion de su semblante, afables sus modales y grata su conversacion.

Tres ediciones se han hecho de sus obras; una en México, otra en el Perú, y la última en Paris. Y en la coleccion de poesías americanas que con el título de las "*Flores del Nuevo Mundo*" publicó el malogrado Sr. Corpancho, figuran algunas de las mas notables de Navarrete, de quien puede decirse que, merced á los juicios favorables que sobre su mérito formaron críticos distinguidos de otras naciones, es uno de los mexicanos que mas alta reputacion literaria gozan en el extranjero.

III.

En todos los metros y en todos los géneros dejó claras muestras de su talento, teniendo en general el tacto de no incurrir ni en la afectacion y oscuridad de los gongoristas, ni en la bajeza y vulgaridad de los prosaicos. Como á Garcilaso y Luis de Leon, Francisco de la Torre y Herrera, los Argensolas y Quevedo, le cupo la desgracia de que despues de su

muerte sus herederos y amigos diesen á luz sus producciones, las conocidas juntamente con las inéditas, con mas ó menos juicio é inteligencia. ¡Cuánto, exclama el ilustre Quintana hablando de estos poetas españoles, no hubieran ellos desechado de lo que se publicó con su nombre; cuántas correcciones no hubieran hecho en lo escogido, y cuántos lunares de desaliño, de mal gusto y oscuridad no hubieran hecho desaparecer! Nada causa en efecto mas pena, que encontrar al lado de las mil bellezas que encierran las obras de Navarrete, algunas indecorosas y chocarreras composiciones.

El carácter dominante de sus odas eróticas es la expresion del puro sentimiento de ese amor tierno y candoroso, desconocido para los poetas anteriores al cristianismo. Los amantes de esta púdica y risueña musa, sentirán encontrar al lado de los primores que guardan esas odas, el uso demasiado frecuente de las imágenes tomadas de la mitología griega, y de vez en cuando rasgos prosaicos que vienen á deslucirlos. ¡Defectos ambos propios de aquel tiempo!

En sus anacreónticas pueden citarse algunas de bastante mérito; y en sus églogas, que fueron los primeros ensayos de su juventud, hállanse rasgos dignos de señalarse, como este apóstrofe:

¡Oh noche, á mi tristeza acomodada!
 ¡Asilo de mi grande sentimiento!
 A tu silencio solo revelada
 La causa puede ser de mi tormento:
 Diga, pues, mi dolor la voz cansada,
 Y salga de este pecho el mal que siento,
 Siendo testigos las montañas rudas,
 Las peñas sordas y las selvas mudas.

Pero disculpan á Navarrete en esta parte, además de la temprana edad, lo difícil que fué siempre cultivar con éxito este género de poesía. Los mejores bucólicos, desde Teócrito hasta Garcilaso, han sido censurados por poner en boca de rústicos pastores ideas demasiado elevadas y atrevidas; y de

Balbuena y Melendez, que tambien lo fueron, háse dicho que olian sus campos á ciudad.

En las poesías filosóficas y religiosas es adonde deben buscarse las mas bellas y originales inspiraciones de nuestro poeta. Como una muestra de ello, íntegra ponemos en seguida su oda intitulada: "*La inmortalidad.*"

En este triste solitario llano,
 Do violentas me asaltan las congojas,
 No ha mucho que extendió sus verdes hojas,
 Y salpicó de flores el verano.
 Este tronco esqueleto, con que ufano
 Estuvo el patrio suelo,
 Abrigaba los tiernos pajarillos
 Entre frondosas ramas:
 El líquido arroyuelo,
 Por márgenes sembradas de tomillos,
 De cantuesos de pálidas retamas,
 De rubias amapolas,
 De albos jazmines y purpúreas violas,
 Mansamente corría
 Bañando el fértil prado de alegría.
 Benigno el aire en la espaciosa estancia
 De los lejanos frutos y las flores,
 Desparramaba el bálsamo y fragancia.
 ¡Oh tiempo, y lo que vencen tus rigores!
 Llega del año la estacion mas cruda,
 Y mostrando el invierno sus enojos,
 Todo el campo desnuda
 A vista de mis ojos,
 Que ya lloran ausentes
 Los pájaros, las flores y las fuentes.
 En los que miro ¡ay triste! retratados
 Los gustos de mi vida,
 Por la mano del tiempo arrebatados,
 Cuando helada quedó mi edad florida.
 ¡Dulces momentos, aunque ya pasados,

A mi vida volved, como á esta selva
 Han de volver las cantadoras aves,
 Las vivas fuentes, y las flores suaves,
 Cuando el verano delicioso vuelva!
 ¡Mas ay! votos perdidos,
 Que el corazon arroja
 Al impulso mortal de mi congoja!
 Huyéronse los años mas floridos,
 Y la edad que no para,
 Allá se lleva mis mejores días.....
 A Dios, pasadas breves alegrías,
 Qué ¿no volveis siquiera la dulce cara?.....

Aridas tierras, más que yo dichosas,
 No así vosotras, que os enviando el cielo
 Anuales primaveras deliciosas,
 Se corona con mirtos y con rosas
 La nueva juventud de vuestro suelo.
 Pero ¿qué rayo ¡ay Dios! á mi alma enciende?
 ¡Ah! luz consoladora,
 Que del solio estrellado se desprende.....
 Mas allá de la vida fatigada.....
 Sí, de la vida cruel que tengo ahora,
 Cuando sea reanimada
 Esta porcion de tierra organizada,
 Entonces, por influjos celestiales,
 En los campos eternos
 Florecerán mis gustos inmortales
 Seguros de los rígidos inviernos.

Toda esta bellísima composicion está impregnada de la mas dulce melancolía y de pensamientos profundamente filosóficos. En sus poemas sagrados, oigamos con qué severa magestad y con qué religiosa entonacion comienza el que lleva por título "La Divina Providencia."

Lejos, lejos de mí versos profanos,
 Y con sagrada lira,

Cantemos al Señor que nos inspira
 Asuntos soberanos:
 Lejos de mí los versos que son vanos.

Y luego dirigiéndose al hombre, continúa:

Alza, mortal, los ojos, vé y admira
 Los cuidados de Dios siempre velando
 Sobre toda la gran naturaleza:
 Mira los bienes, los regalos mira
 Que está siempre manando
 La fuente perennal de sus ternezas:
 Todo anuncia cariños y finezas
 Del Padre universal, del Dios de amores,
 Que al mirar nuestra débil existencia
 Nos colma de favores:
 Todo anuncia su amable providencia.

En el canto segundo, en que se propone el poeta manifestar los grandes beneficios que Dios prodiga á la tierra por medio del cambio de estaciones, despues de haber descrito la dulce primavera, exclama:

Sigue el año su curso presuroso,
 Y en tanto que los cielos van rodando
 Sobre sus firmes ejes, va tornando
 El sol por su camino luminoso.
 Asoma luego el caluroso estío,
 Y las espigas de los campos dora,
 Que hizo brotar la mano agricultora
 Entre la escarcha del invierno frio.
 Arden los valles; pero el ancho rio,
 Los bosques y las auras matinales
 Restauran el vigor de los mortales:
 Cuando por otra parte los despojos
 De la alegre y fecunda sementera

Ofrece mil contentos á los ojos:
 La rubia mies preséntase en manojos
 Sobre los altos carros: la galera.
 En su anchuroso seno la atesora:
 Prepárase la era:
 Y la hambre asoladora,
 Que hace á las gentes formidable guerra,
 Como asustada sale de la tierra.
 Resuena en las cabañas la alegría
 De la gente del campo bienhadada,
 Y la sombra de Ceres disipada,
 El canto sube á la region del día.

Pero el Señor se escucha, y con violencia
 Convoca á su presencia
 Mil espesos nublados
 Que de agua y refrigerio van cargados:
 Su seña aguardan, y en el mismo instante
 Que responde á su voz el firmamento,
 La máquina del mundo vacilante
 Se pone en movimiento:
 Sopla agitado el viento;
 El polo cruge; el éter se ilumina;
 La catarata se abre repentina,
 Y baja por el aire estrepitosa
 En torrentes la lluvia cristalina.
 Cruza la tempestad, y la frescura
 Que deja por la tierra calurosa,
 Fomenta el seno de la gran natura.

El poema religioso que tiene por título "El alma privada de la gloria," es notable por la claridad y correccion de su lenguaje, por la sencillez clásica de su estilo, y por su armoniosa versificación; comienza con este apóstrofe:

Vuelve á mis manos, vuelve
 Mi cítara sonante,

Que en mas alegres dias
 Acompañabas mis festivos versos:
 Hoy el númen resuelve
 Que llesves el compas de la olegía,
 Y por tonos diversos
 La acompañen tus cuerdas, entretanto
 Que desato los diques de mi llanto.

Y despues de haber expresado el terror que le causa la justicia divina, continúa:

Desde que este cuidado me rodea,
 Melancólico vago por el mundo,
 Como hurtando el semblante á la alegría.
 Conformes solo con mi triste idea
 Son tus lúgubres sombras, tu profundo
 Silencio, noche oscura. El claro dia
 En vano pára mí su luz enciende:
 La ciudad, su rumor, todo me ofende.
 El espanto se sigue á la tristeza,
 Y el mas leve ruido
 Me parece el horrísimo estallido
 De un rayo que me hiende la cabeza.
 La imágen de la muerte á cada instante
 Se me pone á los ojos;
 Pero aun mas me horroriza tu semblante,
 ¡Eterno Dios! de donde se desprende
 Contra mi alma el raudal de tus enojos
 Que en tu furor la enciende.
 ¡Fallezco? en el instante me parece
 Que el hermoso espectáculo del mundo
 Con sempiterna noche se oscurece.
 Sale del hondo pecho, el mas profundo,
 El último suspiro, en que lanzada
 Va mi alma á tu presencia
 De crímenes horrendos acusada:

Y herida de tu voz, como de un trueno,
De tu justicia escucha la sentencia
De tu eterno castigo irrevocable:
Atérranla tus ojos, y el sereno
Resplandor de tu rostro le parece
Nube que anuncia rayo formidable
Cuando truena el Olimpo y se enardece.

Y luego se pregunta si habria recurso humano que pudiera salvarlo de la ira vengadora:

¿Del Dios cuya invencible fortaleza
Suscita las violentas convulsiones
De la naturaleza?
¿Que agitando los bravos aquilones
Impele las soberbias tempestades,
Inflama los oscuros horizontes,
Estremece los montes
Y hasta el nombre les borra á las ciudades?

El sentimiento de profunda pena que experimenta cuando su misma madre aparta de él los ojos con horror, está vivamente expresado en este patético cuadro:

Allí estás, ¡oh mi madre venturosa!
Allí asomas con plácida alegría
Y deliciosa calma:
Gózate, pues ya tienes
Recompensado el mérito de tu alma:
Gózate, ¡oh madre! en infinitos bienes.
Pero qué ¡la blandura de tus ojos
Con miradas crueles me retiras?
¿Objeto es de tus iras
El que sufre del cielo los enojos?
¡Ay! vuélveme mi abrazo; abrazo estrecho
Que en el mundo te dí cuando espiraste

Y triste me dejaste
En abundantes lágrimas deshecho.
¿No me oyes? ¿no me ves? ¿no me conoces?
¡Ay! mírame por último agradable:
No seas inexorable
Al blando ruego de mis tiernas voces.
¿Huyes de mi presencia?
¿Ni una vista me pagas, ni un abrazo,
Al hacer una ausencia
De que es la misma eternidad el plazo?
¿Con tu hijo tan cruel? ¿con un pedazo
De tu vida? ¡ay de mí! con raudo vuelo
Te apartas de mis ojos... ya te fuiste
Para otras partes del alegre cielo.

Al fin concluye el poeta con este otro ternísimo apóstrofe á su lira:

Quédate á Dios en lágrimas bañada
De este álamo pendiente,
Cítara triste, y á tu voz cansada
Prosiga de mis ojos la corriente.

Apóstrofe que parece inspirado en el salmo *Super flumina Babylonis* del insigne cantor de Israel.

IV.

Pero si son tan fecundas en bellezas las poesías de Navarrete, no se podria con justicia negar, que se notan en ellas tambien grandes defectos. En la mayor parte de sus composiciones cortas, escogió en lo general asuntos pueriles y triviales. Son frecuentes sus versos á "*La pollita*" de Clori,

á "*La tortolita*" de Celia, á "*Los canaritos*" de Lisi, y otros por el estilo; mas éste no fué un defecto propio de nuestro poeta, quien se redujo á imitar á los españoles que le servían de modelo, teniendo ademas excusa en la monotonía de costumbres, que reinaba entonces en la vida social y que hacia que todos los versos de ese tiempo aparecieran helados, como si hubiesen sido escritos sin fé y sin sentimiento.

Repróchase tambien á Navarrete haber prodigado en sus composiciones el uso de la mitología griega, y sobre todo, haber asociado ésta algunas veces con la teología cristiana; pero se olvida que las alusiones mitológicas dominaron de tal manera en la poesía antigua y moderna, que no habria motivo alguno para extrañar que así lo hiciera.

Porque ¿acaso pudiera tildársele esta falta cuando tuvo la desgracia de vivir mucho tiempo antes que los espíritus elevados de Chateaubriand y Hegel demostrasen la superioridad artística del cristianismo sobre el politeísmo? Navarrete, dice uno de sus biógrafos, no hizo otra cosa que seguir las huellas de los grandes maestros; y criticarle porque introdujo las divinidades griegas en sus poesías, es criticarle de que no conocia la filosofía del arte, nacida ayer, y que todavía hoy descuidan los mejores autores.

Por último, se ha censurado en el poeta mexicano el uso frecuente que hacia de la sinérisis; pero el arte métrico permite el uso de esta licencia, y de ello pueden presentarse mil ejemplos tomados de los mas insignes poetas castellanos, debiendo condenarse únicamente cuando realmente perjudica la armonía del verso. Por desgracia Navarrete incurrió con frecuencia en este defecto; así en su bella composicion titulada *La inmortalidad*, que acabamos de copiar, trae este verso:

Cuando SEA REANIMADA,

en que las dos sílabas que le sobran lo hacen insoportable. Empero debe decirse, en abono de Navarrete, que en la época en que escribió no podia estudiarse en México la prosodia

castellana, pues el primer libro que sobre esta materia ilustró á los mexicanos, fué el de Sicilia, que apareció algunos años despues de la independecia, y ya sabemos que Navarrete murió en 1809. Ademas, como observa muy bien el ya citado biógrafo (1), no debe censurarse con mucha acritud este defecto, en un país en que por vicio arraigado en la pronunciacion incurrimos todos en él á cada instante.

Y si no puede negarse que existen en realidad estas faltas, tambien es cierto que ellas son la excepcion, y que en general pueden perdonarse en gracia de la fluida versificacion, del puro y castizo lenguaje, del sencillo y natural estilo. Con razon, pues, ha dicho de nuestro poeta el cantor de Granada: "*que los defectos de sus obras, son los de su tiempo, y sus bellezas y excelencias le son propias y personales.*" (2)

V.

En vano se buscará en el humilde fraile zamorano, uno de esos genios poéticos, profundamente originales, que dan su nombre á la época en que viven y que imprimen su carácter á la literatura de su siglo.

Por elevado que fuese el génio poético de Navarrete, la pobre colonia no era por cierto el teatro en que pudiera desarrollarse. El poeta carecia de sociedad á que dirijirse, porque no puede darse este nombre á una poblacion trasplantada aquí por un espíritu de especulacion, y cuya inteligen-

(1) Biografía y crítica de los principales poetas mexicanos, por D. Francisco Pimentel.

(2) Zorrilla, en su escrito "México y los Mexicanos."

cia estaba sumerjida en el mas estúpido letargo. Sin grandes pasiones que interpretar, sin ideas atrevidas que discutir y sin nobles sentimientos que embellecer, la poesía de esos tiempos reducida á la servil imitacion de los antiguos modelos, venia á convertirse casi siempre, en una aglomeracion fastidiosa de pueriles y triviales conceptos, que hacian su lectura monótona y cansada.

Todavía Navarrete, imitando á la mayor parte de los poetas españoles, pagó su tributo á esa poesía bucólica á menudo tan ajena de la verdad, como de la belleza.

En las sociedades nacies, aparece el poeta lírico, que es siempre el cantor espontáneo de las glorias del pueblo, el intérprete fiel de sus creencias religiosas, el apóstol entusiasta de sus ideas políticas. Por eso, ellos marcan muy bien el origen y las tendencias de cada literatura; pero en una sociedad sin infancia como la nuestra, seria inútil buscar en uno de sus primeros poetas, señales de característica originalidad.

Tuvo la fortuna Navarrete, de haber nacido en la buena época de la restauracion de la poesía española. Melendez Valdes, el príncipe de los ingenios que la cultivaron bajo el protector reinado del célebre Carlos III, fué sin duda el gran modelo de Navarrete; pero nótese, que si en ambos se advierte el mismo estilo, la misma escuela, el mismo sabor literario, no obtuvieron igual éxito en los varios géneros que cultivaron. Así es, que mientras Melendez sobresalió en las composiciones ligeras, tales como la anacreóntica y el romance, Navarrete conquistó sus mejores lauros con esas odas, que respiran la mas dulce filosofía, la mas melancólica ternura, la mas grandiosa elevacion.

En las poesías morales y religiosas de nuestro poeta, fué donde encerró todas sus bellezas, y si se trae á la memoria, como es de estricta justicia, para juzgarlo, la época y la sociedad en que viviera, nadie podrá reprocharle, que de su lira no hubiesen brotado los cantos entusiastas y magníficos de Tirteo, ó los acentos apasionados y arrebatadores de Píndaro.

Hoy, casi no son leidas las poesías de Navarrete, y puede decirse con seguridad, que cada dia lo serán menos. Ha pasado ya el tiempo en que la humanidad acogia con placer los vanos ejercicios de la imaginacion y de la fantasía. Vivimos en un siglo, en que la fria y severa razon consagra la actividad humana á objetos de mas práctica utilidad.

Aquella poesía dulce y apacible, que consistia en la pintura de una vida tranquila y sosegada, y en la exaltacion de los mas puros y sencillos sentimientos, no agrada mucho al hombre de nuestros tiempos, acostumbrado á vivir entre las complicadas luchas del interes y familiarizado con la azarosa tempestad de las pasiones.

Para que en nuestra época, un hombre se ciña la corona de poeta, se necesita que sea un génio extraordinario, que abriendo inexplorados horizontes al arte y arrebatando con sus acentos á la razon misma, venga á satisfacer ese afan insaciable de nuevas emociones que experimenta la humanidad.

La literatura de una nacion no la forma un hombre ni se improvisa en poco tiempo. Seria menester la accion lenta de algunos siglos, el concurso de muchas ideas y la reunion de mil circunstancias para crear un tipo especial y característico. A pesar de la media centuria que lleva México de vida independiente, y de los muchos ingenios que son su orgullo, no ha podido libertarse de ese tono español tan marcado en sus costumbres, en sus instituciones y en su literatura.

Si pues no puede llamarse á Navarrete el padre de nuestra poesía nacional, bien merece su nombre el homenaje respetuoso de los amantes de nuestras glorias y muy digno es de figurar al lado de los no menos ilustres de Tagle y de Ortega, de Rodriguez Galvan y de Calderon, de Carpio y de Pesado.

JOSÉ OLMEDO Y LAMA.